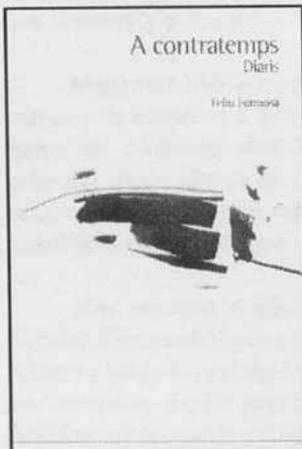
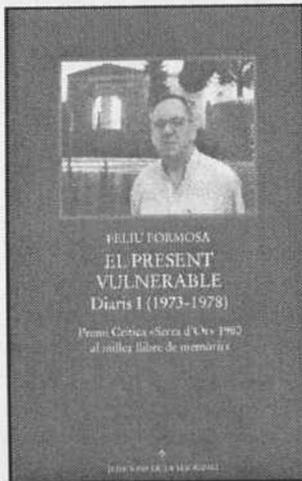


El present vulnerable / A contratemps

Barcelona: La Magrana, 1997 / Catarroja: Perifèric Edicions, 2005

La eterna huella de todo instante

No hi haurà
ni passat ni futur. Tot serà lògic.
I aquest poema mai no haurà existit.¹



LA MISMA SEMANA en que a Feliu Formosa (Sabadell, 1934) le concedían el Premi d'Honor de les Lletres Catalanes se habían celebrado en Sant Cugat unas jornadas que, bajo el título de «El dietarisme i el nou dietarisme dels blogs»,² plantearon una amable confrontación entre los tradicionales escritores de diarios, sobre papel, y quienes a través de la red se van incorporando al género con las bitácoras electrónicas, fenómeno que, como se sabe, viene registrando últimamente un crecimiento exponencial, hasta el punto de que empieza a no ser nada arriesgado vaticinar que este tipo de escritura podrá al fin liberarse del estigma de desconsideración que su carácter híbrido, a medio camino entre la literatura y la vida, aún le proporciona. En su intervención en esas jornadas, el poeta, traductor y dramaturgo Feliu Formosa, anunció para el próximo año la publicación de la otra mitad de su dietario de fin de siglo –preparó la segunda entrega de sus diarios con una extensión similar en páginas e intervalo temporal a la primera, pero el editor, Xulio Ricardo Trigo, que firma el prólogo, consideró más viable comercialmente ofrecerla en dos volúmenes.

El interés por el género del diario no se le manifestó hasta las postrimerías del franquismo, cuando recibió el encargo de verter al catalán los diarios de Kafka, un cometido del que en *El present vulnerable* no abunda en detalles a causa de la coincidencia de ese trabajo con el fallecimiento de su esposa, crítica situación que el libro recoge en unas pocas páginas «sense dates» que sirven de enlace entre el período de la enfermedad y la muerte, y la voluntad de adaptación a una nueva rutina:

Vergonya i sensació de culpa pel simple fet de poder escriure aquestes ratlles, de poder alçar la vista de la llibreta, de sentir el tacte del bolígraf, de fer tantes coses, de tenir –malgrat el buit– tantes opcions, mentre que ella no en té cap, perquè no hi és. [1979: 38]

Los intensos sentimientos por la pérdida de la esposa quedarían reflejados en el poemario *Cançoner*, no tanto en el diario, que no retomará durante varios meses. Vuelve a las anotaciones datadas en la primavera de 1976, brevemente. A partir del siguiente otoño ya lo cultiva con creciente regularidad. El 29 de julio de 1977, transcurridos un par de años, rememora

l'esforç sobrehumà que representa el *Cançoner*, on són compaginades una situació depressiva diagnosticable clínicament i una creació que salvava, en darrera instància, tot allò que havia de sobreviure, encara que només fos per explicar la mort i rebel·lar-se contra ella. Aquesta evolució és acusada també per aquests diaris [1979: 102].

El dolor por la muerte, en este caso la de un amigo, el poeta Joan Vinyoli, hace acto de presencia también al principio de *A contratemps*, en los que probablemente son los fragmentos a los que Formosa concede mayor valor, a la sazón los que nos leyó en la presentación del martes 24 de mayo en la Casa del Llibre, los referidos al poeta Vinyoli:

Vaig veure Vinyoli a la clínica pocs dies abans de la seva mort. Havia assumit que no podria caminar més, però no sabia que es moriria. Parlava de la cadira de rodes que es compraria. Em va explicar un terrible malson que havia tingut, amb ésser [sic] estranys que l'assetjaven, mig bèstia, mig ésser humà.

Després ja el vaig veure mort. Vaig estar amb ell a la cambra mentre els seus fills i Xavier Folch ultimaven els detalls de l'enterrament al saló contigu on tantes converses havíem tingut. El cadàver de Vinyoli em sorprenia. Era molt petit, com si el seu cos s'hagués reduït. Un simple llençol el tapava fins a la barbeta [2005: 40].

El present vulnerable recorre una dramática etapa vital que se corresponde con los años centrales de la década de los setenta, un tiempo de plena efervescencia política que, no obstante el antiguo vínculo de Formosa con la lucha antifranquista, apenas cuenta con pálidos reflejos en esa primera selección de sus diarios publicada en 1979.³ Las adversas circunstancias forzaron al autor a un exilio interior precisamente cuando los demás se aprestaban a respirar los nuevos aires de libertad. Aparte de alguna esporádica mención a sus labores de apoyo a

las campañas del PSUC, se decanta por referencias políticas lejanas: el golpe de estado en Chile o el colapso de los sistemas comunistas que ya entonces ve venir.

Dos décadas después, en *A contratemps*, Feliu Formosa parece haberse desentendido de sus antiguas adscripciones ideológicas y centrado en sus intereses más personales. Aunque cabe suponer que haya preferido limar de la selección final sus opiniones políticas y centrarse así en los aspectos públicamente relevantes de su identidad. En este sentido, la estrategia de puesta en escena que nos plantea el autor no es tan espléndida como lo fuera en la entrega de finales de los setenta. Por aquellos años ejecuta certeros análisis de las circunstancias de las personas de su entorno, como por ejemplo las matrimoniales de una mujer que no se decide a abandonar a su marido por él:

Si ella ha de conviure amb el seu marit en unes condicions d'inferioritat, cal treure el màxim partit dels beneficis materials que li reporta aquesta situació, i alhora cal fer veure constantment al marit que, malgrat aquest recolzar-se en la posició de senyora burgesa, no es fan concessions (...) sap que si tingues el coratge d'alliberar-se, perdria uns avantatges materials que li són necessaris, perquè hi està habituada [1997: 106-107].

En *A contratemps* continúan las cartas no enviadas —o de remisión diferida hasta la publicación del libro— a mujeres que le despiertan un interés especial. Son, por los general, actrices con las que ha trabajado o alumnas suyas del Institut del Teatre, como Vicky Peña, Mònica Van Campen o Eva Pruneda, «una noia alta i esprimatxada, que parla molt baixet». Tras relatar la escena de una breve charla con ella, reflexiona sobre el revigorizante efecto del azar de habérsela encontrado:

No es tracta de descobrir que encara sóc algú perquè puc parlar amb una persona com l'Eva, sinó de situar tots els contactes amb la gent dins un clima de normalitat que no es modifica, que no passa tan abruptament de la desesperació a l'esperança a causa de la simple i inesperada proximitat d'una altra persona [2005: 65].

El autor identifica las causas de las variaciones de sus estados de ánimo, a veces debidas al

trato con la gente, en otras vemos que un pequeño contratiempo se amplifica: de cómo la inopinada deslealtad de la tarjeta de crédito puede conducir a «un estat de depressió fortíssim» (2005: 67) que le lleva a recordar una situación similar vivida en su juventud, precisamente en un día en que se había citado con una chica croata, encuentro del que guarda «un record tristíssim»:

Avui només he gastat trenta-cinc marcs (...) Aquesta situació em recorda un dia viscut en aquest mateix Heidelberg fa trenta-cinc anys, no m'havia arribat un gir postal que esperava i no en tenia ni cinc (...) La meua actitud davant les dones era d'una tímidesa i un retraïment terribles (...) Li vaig agafar la mà i ella no la va enretirar. Però jo ja no sabia què dir-li ni què fer [2005: 76].

Dos años después, durante otro viaje por la Europa central, en Tübingen, vuelve a tener problemas con el cajero automático y deduce que

potser l'ànima de Hölderlin m'havia volgut amargar una mica l'existència al mateix lloc on ell va haver de passar trenta anys enfollit [2005: 144].

Es posible que el hecho de fijar sobre el papel las actitudes o costumbres erróneas contribuya a corregirlas más rápidamente:

l'absoluta desgana amb què em llevo cada matí (...) Poso sempre la ràdio: notícies polítiques, publicitat excessiva, tot plegat em sembla d'una aridesa aclaparadora [2005: 60].

Tres páginas después el autor refrena un primer impulso de refugiarse del malestar en un producto radiofónico y opta con gran sensatez por explicarse por escrito ese momento de angustia, sin duda un método muy adecuado de deshacerse de ella:

Ara són les cinc menys deu de la tarda. Acabo de passar una hora molt dolenta: problemes digestius i desconcert davant el temps immediat i la seva utilització. He estat a punt d'estirar-me al llit i posar la ràdio, però he previst que això m'ensorraria encara més i llavors m'he posat a escriure això [2005: 63].

En *El present vulnerable* las diferentes entradillas escritas en un mismo día quedaban separadas

por una línea en blanco. Convendría haber procedido del mismo modo en *A contratemps*, donde es frecuente que este salto temporal quede únicamente marcado por la referencia horaria, generalmente muy precisa: los dos párrafos de la página 77 empiezan con un enclave cronológico: «Falten cinc minuts per les cinc», «Ja són les onze de la nit». Se entiende perfectamente el salto temporal que da el texto, pero convendría marcarlo con una línea en blanco. Es el mismo día, sí, pero ya son entradillas diferentes. Cabe preguntarse también por la ausencia de fechas en todo el libro.⁴ Sólo nos constan los años, 1995 y 1997, como títulos de ambos segmentos. Ciertamente que la imprecisa datación contribuye a darle un aire ambiguo, que habrá quien considere quizá más literario, remarcando su opción diarista en oposición al pedestre diario íntimo. Pero quienes quisieran servirse de *A contratemps* como la antesala que es de otras obras,⁵ probablemente agradecerían que no se les escatimaran las fechas.⁶

Encontramos por ejemplo un estupendo análisis de *L'escola de les dones*, de André Gide, generador de un vivo deseo de abalanzarse sobre esa novela en forma de diario que parte de una muy sugestiva propuesta argumental:

Una dona es posa d'acord amb el seu promés perquè cadascú porti un diari de les seves relacions amb el propòsit que l'un llegirà el text de l'altre només en cas de mort [2005: 42].

Otro punto de interés lo constituyen las reflexiones de índole profesional, ya como rapsoda o traductor:

Quan llegeixes uns textos que no tens memoritzats, has de procurar reduir al mínim els inevitables moments en els quals llegeixes sense saber el que dius [2005: 32].

És un text que té música a dintre, i aquesta música és la primera cosa que cal tenir en compte en el moment de traduir (...) la semblança entre l'italià i el català no és tan gran com sembla. Hi ha diferències sintàctiques i lèxiques que sovint desconcerten, i cal anar amb peus de plom per no cometre errades a causa d'allò que en traducció se'n diu «falsos amics» [2005: 35].

Pero este nuevo conjunto de afinados retratos y análisis de circunstancias personales, tanto propias como ajenas, no alcanza el nivel de agudeza y precisión de *El present vulnerable*, obra respecto de la cual el autor se pronuncia con el lógico distanciamiento de los años:

En un dietari com aquest, has d'evitar el perill de limitar-te a consignar. Cal «desenrotllar». Així es va perfent, a més de l'escriptor, una mena de personatge. En rellegir *El present vulnerable* (*Diari I, 1973-78*), veig que aquest personatge sóc i alhora no sóc jo, perquè han passat vint anys. Allà hi ha una història d'una situació neuròtica i un entramat de relacions humanes important, encara que hi ha també hi ha un farciment que contrasta amb una línia evolutiva del «personatge»; es podia haver resultat en un text narratiu que tingués la meitat de les pàgines que té [2005: 103].

La modestia con que Formosa considera la primera entrega de sus diarios, que en 1980 recibiría el Premi Crítica «Serra d'Or» al mejor libro de memorias, no nos ha de confundir. *El present vulnerable* es un artefacto muy bien estructurado que logra transmitir al lector la rica complejidad del personaje que se narra. Una voz que por esos años padece el drama de la pérdida de su compañera sentimental y la consiguiente dificultad de readaptarse a una vida bajo el peso de esa ausencia.

Si *El present vulnerable* tiende a mostrarnos los desolados paisajes interiores del autor, *A contratemps* se centra en la vida exterior, en la visión del mundo que le rodea, más que en el análisis introspectivo, aunque no por ello deja de regalarnos unas cuantas confidencias, tímidas alusiones a los

altibajos anímicos, quizá el eje principal de interés de un diario íntimo, la generosa donación que el autor hace al público de unos ya fenecidos yoes.

Fernando Rodríguez Badimón

Notas

¹ Versos que cierran el poemario *Cançoner* (Vosgos, 1976).

² Véanse mis apuntes de esos días en la bitácora electrónica que estimulada por ese encuentro empecé a elaborar: <http://www.ub.es/ebfil/ueb/blografer>

³ Primera edición publicada por la Editorial Laia.

⁴ Excepto las pertenecientes a dos citas del diario de August von Platen, de quien explica que «lamenta deixar de banda moltes coses que podria o li caldria escriure. Jo tinc una sensació idèntica». [2005: 159]

⁵ Entre las agradables sorpresas deparadas por *A contratemps* destaca esa lista de obras compradas y leídas en el transcurso de un año [2005: 164-165], encomiable ejemplo de honestidad intelectual.

⁶ Ambigüedad que encontramos también en otro dietario de reciente publicación, *Adrada*, de Jaume Subirana, dietario ofrecido en un irónico orden inverso –segmentado en doce meses, de diciembre a enero, cada uno de ellos ofrece entradillas sin fecha entre 2004 y 2000, una estructura que remite a la de algunos blogs que invitan a leer de abajo arriba, cosa que en fragmentos que ocupen una pantalla hasta puede resultar cómodo para quien con frecuencia visite la página, pero decididamente impracticable cuando el blogómano se muestra excesivamente confiado en la paciencia del blogonauta, pues como escribió Màrius Serra en *La Vanguardia* el martes 7 de junio de 2005 y repetiría aquella misma mañana en Sant Cugat, «la lectura por pantalla no nos relaja y los enlaces nos llevan a la lectura tensa del cazador».